

## Ascensión

*En mi primer Libro, querido Teófilo, me referí a todo lo que hizo y enseñó Jesús, desde el comienzo, hasta el día en que subió al cielo, después de haber dado por medio del Espíritu Santo, sus últimas instrucciones a los Apóstoles que había elegido.*

*Después de su Pasión, Jesús se manifestó a ellos dándoles numerosas pruebas de que vivía, y durante cuarenta días se les apareció y les habló del Reino de Dios. En una ocasión, mientras estaba comiendo con ellos, les recomendó que no se alejaran de Jerusalén y esperaran la promesa del Padre: “La promesa, les dije, que yo les he anunciado. Porque Juan bautizó con agua, pero ustedes serán bautizados en el Espíritu Santo, dentro de pocos días”. Los que estaban reunidos le preguntaron: : “Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el reino de Israel?”. El les respondió: “No les corresponde a ustedes conocer el tiempo y el momento que el padre ha establecido con su propia autoridad. Pero recibirán la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra”.*

*Dicho esto, los Apóstoles lo vieron elevarse, y una nube lo ocultó de la vista de ellos. Como permanecían con la mirada puesta en el cielo mientras Jesús subía, se les aparecieron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: “Hombres de Galilea, ¿por qué siguen mirando al cielo? Este Jesús que les ha sido quitado y fue elevado al cielo, vendrá de la misma manera que lo han visto partir” (Hech. 1, 1-11).*

*Aplaudan, todos los pueblos,  
aclamen al Señor con gritos de alegría;  
porque el Señor, el Altísimo, es temible,  
es el soberano de toda la tierra.  
El puso a los pueblos bajo nuestro yugo,  
y a las naciones bajo nuestros pies;  
él eligió para nosotros una herencia,  
que es el orgullo de Jacob, su predilecto.  
El Señor asciende entre aclamaciones,  
asciende al sonido de trompetas.  
Canten, canten a nuestro Dios, canten,  
canten a nuestro Rey:  
el Señor es el Rey de toda la tierra,  
cántenle un hermoso himno.  
El Señor reina sobre las naciones  
el Señor se sienta en su trono sagrado.  
Los nobles de los pueblos se reúnen  
con el pueblo del Dios de Abraham:  
del Señor son los poderosos de la tierra,  
y él se ha elevado inmensamente (Sal 47).*

ó

*¡Reina el Señor, revestido de majestad!  
El Señor se ha revestido,  
se ha ceñido de poder.  
El mundo está firmemente establecido:*

*¡no se moverá jamás!  
Tu trono está firme desde siempre,  
tú existes desde la eternidad.  
Los ríos hacen resonar sus voces, Señor,  
los ríos hacen resonar su fragor.  
Pero más fuerte que las aguas impetuosas,  
más fuerte que el oleaje del mar,  
es el Señor en las alturas.  
Tus testimonios, Señor, son dignos de fe,  
la santidad embellece tu Casa  
a lo largo de los tiempos (Sal. 93).*

*Por eso, habiéndome enterado de la fe que ustedes tienen en el Señor Jesús y del amor que demuestran por todos los hermanos, doy gracias sin cesar por ustedes, recordándolos siempre en mis oraciones. Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, les conceda un espíritu de sabiduría y de revelación que les permita conocerlo verdaderamente. Que él ilumine sus corazones para que ustedes puedan valorar la esperanza a la que han sido llamados, los tesoros de gloria que encierra su herencia entre los santos, y la extraordinaria grandeza del poder con que él obra en nosotros, los creyentes, por la eficacia de su fuerza. Este es el mismo poder que Dios manifestó en Cristo, cuando lo resucitó de entre los muertos y lo hizo sentar a su derecha en el cielo, elevándolo por encima de todo Principado, Potestad, Poder y Dominación, y de cualquier otra dignidad que pueda mencionarse tanto en este mundo como en el futuro. El puso todas las cosas bajo sus pies y lo constituyó, por encima de todo, Cabeza de la Iglesia, que es su Cuerpo y la Plenitud de aquel que llena completamente todas las cosas (Ef. 1, 15-23).*

*En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: “Cuando todavía estaba con ustedes, yo les decía: Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito de mi en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos”. Entonces les abrió la inteligencia para que pudieran comprender las Escrituras, y añadió: “Así estaba escrito: el Mesías debía sufrir y resucitar de entre los muertos al tercer día, y comenzando por Jerusalén, en su Nombre debía predicarse a todas las naciones la conversión para el perdón de los pecados. Ustedes son testigos de todo esto. Y yo les enviaré lo que mi Padre les ha prometido. Permanezcan en la ciudad hasta que sean revestidos con la fuerza que viene de lo alto”.*

*Después Jesús los llevó hasta las proximidades de Betania y, elevando sus manos, los bendijo. Mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo. Los discípulos, que se habían postrado delante de él, volvieron a Jerusalén con gran alegría, y permanecían continuamente en el Templo alabando a Dios (Lc. 24, 44-53).*

Comenzamos a darnos cuenta lo maravillosa que es la conclusión del evangelio de Lucas cuando nos empezamos a dar cuenta que es algo especial.

Así es la cosa. Cuando leemos el evangelio de principio a fin, se nos aparece como un libro precioso. Lo cerramos con el sentimiento que hemos vivido una realidad de maravilla, más allá de lo posible en este mundo. Sentimos que regresamos de nuevo a lo cotidiano. Pero, ¿los apóstoles qué sintieron? El libro estaba concluido, se sintieron abandonados, eran parte de una comunidad perseguida, su pastor ya no estaba con ellos, él les predijo que vivirían en el mundo como rebaño disperso. Sin embargo, el evangelio concluye: *Los discípulos, que se*

*habían postrado delante de él, volvieron a Jerusalén con gran alegría. Permanecían continuamente en el Templo alabando a Dios (Lc. 24, 52-53).*

Los discípulos sabían que era el final de una etapa, que Jesús no los acompañaría más visiblemente. Pero, también sabían que no los abandonaba, que se iba para regresar, que comenzaba una nueva etapa, con una renovada presencia de Dios en sus vidas. Cuando Lucas continúa su obra en el libro de los Hechos de los Apóstoles, en verdad no cuenta las aventuras y desventuras de una comunidad sino los hechos, las obras de Cristo exaltado. Dios no ha interrumpido su presencia en historia, sigue obrando con poder. Ésta es la certeza que les brinda alegría.

La ascensión señala que ahora y por siempre, a través de la cruz y la resurrección, los cielos y la tierra se hallan unidos, que hay un vínculo, un puente, porque Jesucristo resucitado ascendió y por eso jamás quedaremos sin el cuidado paternal de Dios. El que compartió nuestra vida desde la Navidad, está ahora a la diestra del Padre celestial.

*Después Jesús los llevó hasta las proximidades de Betania y, elevando sus manos, los bendijo. Mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo (Lc. 24, 50-51).*

Cuando bendecimos al concluir el culto eucarístico o cualquier otra oración en común, recordamos y aseguramos que Jesucristo nos está bendiciendo, bendiciendo a su pueblo, su Iglesia, que vive del poder de esa bendición.

Quizás nos sintamos pobres ante la alegría de esos primeros discípulos. Pero, no importa cuán pobre sintamos nuestra fe, alegrémonos: Cristo nos está bendiciendo, nos está bendiciendo, hermanos y hermanas.

Oremos para alegrarnos en la continua presencia del Salvador entre nosotros.